

Yoc.—Alto, cual nieve comenzaban a ponerse sus cabellos: su figura no distaba mucho de ser cual la tuya.

Ed.—¡Misero de mí... yo, yo, —lo estoy pensando— me maldije a mí mismo hace momentos!

Yoc.—¿Qué has dicho? Oh rey, me domina el terror si veo tu rostro.

Ed.—Desmaya mi alma horriblemente con sólo pensar que el adivino sí veía y muy bien. Una pregunta más: deshacerás mis dudas.

Yoc.—Pavor se apodera de mí, pero pregunta: diré la verdad que yo sepa.

Ed.—¿Cómo iba? ¿Solo? ¿Con muchos acompañantes, cual a un alto sujeto conviene?

Yoc.—Por todos, cinco, un heraldo entre ellos. Una carroza conducía a Layo.

142 Ed.—¡Ay, diáfano cual el día...! Pero, mujer, ¿quién vino a dar la noticia?

Yoc.—Un criado de la casa, el único que sobrevivió de todos ellos.

Ed.—¿Y ahora vive? ¿Se halla en esta casa?

Yoc.—No. Cuando regresó y vio que te habías entronizado, y vio morir a Layo, vino a rogarme besando mi mano que lo dejara ir al campo a pastorear rebaños. "Así, decía, cuanto más lejos de la ciudad, mejor". Dejé que se fuera. Digno era el hombre de eso y más, aun siendo esclavo.

Ed.—¿Regresar puedo acaso y lo más pronto?

Yoc.—Claro que puede, pero, ¿por qué con tanto anhelo su presencia?

Ed.—Oh, mujer, me temo que he hablado demasiado. Quiero verlo a toda costa.

Yoc.—Vendrá, seguramente, pero, oh príncipe, ¿acaso no merezco saber qué te atormenta?

Ed.—¿Cómo negártelo? Mi angustia es tal hoy que pierdo toda esperanza. Y, ¿qué mejor confidente podría tener que tú para confiarle mis temores y mi angustia en tal infortunio?

Pólipo de Corinto fue mi padre; mi madre, fue Mérope, de la Doria. Era el primero entre los ciudadanos yo allí, hasta una incidencia que bien valía ser atendida, pero con el ardor con que a mí me impresionó. Un hombre en un festín, cuando ya se llegaba a término, ya ebrio él, me dijo que yo era un hijo adoptado por mis padres. Me dio gran desazón esta noticia y apenas pude dominarme ese día. Al día siguiente me puse a urgir en alegatos a mi padre y madre sobre lo cierto o falso del asunto. Se airaron ellos contra el que había proferido tal aserto. Por el momento me dejaron satisfecho. Pero el pensamiento de aquel dicho me punzaba el alma a la continua y más y más se me clavaba en el corazón.

A ocultas de mi padre y de mi madre partí a Pito, y allí Febo nada me respondió tocante a mi pregunta. Pero dio una tremenda profecía, insufrible de oírse. Que subiría yo al lecho de mi propia madre, y de ese trato engendraría yo una prole abominable para todos los hombres, y que yo habría de ser el asesino de mi propio padre. No bien oíeste monstruoso anuncio, me di a la huida, alejándome del rumbo de Corinto, guiado por las estrellas. Irme lejos, muy lejos, donde estos vaticinios no pudieran cumplirse: tal era mi anhelo.

Y así errando llegué hasta el sitio en que tú afirmas que fue muerto el rey. ¡A tí, mujer, toda la verdad he de decirte! Cuando en mi caminata llegué al sitio donde convergen los caminos, dí de manos a boca con un heraldo y luego con una carroza en que era conducido un hombre al correr de los corceles. Un hombre en todo semejante al que tú me has descrito. El heraldo al principio y en seguida el anciano me querían sacar del camino con violencia. Arrebatado de ira yo doy un golpe al que me echaba: Me ve el anciano y queda detenido hasta que yo llegué y cuando estoy a tiro, da contra mí, sobre de la cabeza, furioso azote con su fuste de dos puntas. ¡Cuán caro le costó! Como un relámpago lo hice caer de espaldas con mi bastón que le asesté certero. Quedo en medio del carro. Lo maté al punto y maté a los otros.

¿Qué hombre habrá más infeliz que el que a tus ojos tienes, si aquel extranjero era pariente de Layo? ¿Podrá haber más aborrecible que él a las deidades? Si tal, nadie, nadie, ni ciudadano, ni extraño a esta ciudad podrá acogerme en su casa, ni dirigirme siquiera la palabra. Todos deben echarme de su hogar. ¡Bien veo ya que yo ha poco al maldecir al asesino, me estaba maldiciendo a mí mismo! ¡Yo mismo he decretado mi propia expulsión del país! ¡Yo profano a su propia esposa, cuando la tomo en mis brazos, en estos mismos brazos que a él le dieron muerte...! ¿Puede haber hombre

más infame? ¿Puede existir un ser más colmado de impureza? ¡Huir debo, tengo que ir al destierro... y ya no podré nunca ver a mis seres amados, y ya no podré nunca pisar el suelo de mi patria! ¡Ah, si yo regresara a ella me expondría a contaminar el lecho materno, matar a Pólipo que me crió, que me engendró...!

¡Ah nadie negar puede que un dios nefasto y adverso ha decretado contra este infeliz hombre este cúmulo de desgracias! ¡No, no, oh sacra majestad de los dioses, nunca vea yo ese día! ¡Morir mil veces antes, perderme a la vista de los mortales, antes de ver la mácula horrenda sobre mí!

Corif.—¡Nos aterra, oh príncipe, todo esto! ¡No te rindas, conserva la esperanza: oye primero al criado que ha sobrevivido!

Ed.—Esa es la chispa de esperanza que me resta: oír lo que el pastor diga: fuera de eso, nada.

Yoc.—¿Pero, si viene, qué lograr esperas?

Ed.—Voy a decirte. Si dice las cosas al igual que tú, yo no entro ya en el problema.

144

Yoc.—¿Y qué palabra mía te ha preocupado?

Ed.—“Forajidos”, dijiste a los hombres que lo mataron. Si el pastor declara que fueron varios, ya no soy yo. Uno no es muchos. Pero si afirma que el asesino viajero era uno solo... ¡probado está el delito que me abrumba!

Yoc.—Eso él propaló ante todos. Nadie desmentir puede. Y eso ha repetido siempre la ciudad entera. Todos lo oyeron, no solamente yo. Pero demos por caso que diga algo diferente, nada prueba con eso. El oráculo dijo que Layo moriría a manos de un hijo suyo. Eso afirmó Loxias. ¿Cómo va a ser su hijo el que lo mata, si su hijo había muerto mucho antes? Así que desde ahora nada me importan oráculos, y no deberé atender ni los primeros ni los últimos.

Ed.—Piensas muy bien. Pero, con todos, manda a alguno que traiga acá a ese campesino. Y que no tarde.

Yoc.—Mando por él de prisa. Pero entremos a casa. Basta que a tí te agrade para que yo lo quiera.

Entran ambos al palacio.

Coro.—Est. 1.—¡Haga la Moira que por siempre guarde yo la pureza integral, tanto de obras, como de palabras! ¡Leyes sublimes

que en la altura imperan rijan y hagan que sean rectas todas! En los cielos nacieron y el Olimpo es su único padre. No les dio el ser ningún hombre; no habrá de dominarlas el sueño del olvido. ¡Un dios grandioso en ellas hay: nunca envejece!

Ant. 1.—¡El orgullo excesivo alimenta al tirano! El orgullo, si llega a desbordarse de infatuada grandeza y ya no atiende a lo útil y no lo justo cuida, sube y se encumbra a la altura más elevada, pero desde allí se despeña en un profundo y apretado abismo!

¡Hagan un dios que la ciudad tenga luchas que elevan, combates que dan gloria y jamás de ellos esté falta! ¡Y ese dios mismo sea el auspicio y el guía!

Est. 2.—Pero si hay alguien que, engreído en su orgullo, en palabras o en obras vulnera a la Justicia, desdeña a las deidades en sus templos, ¡venga sobre él la Moira incontrastable que su soberbia abata! El se lo ha merecido, que sólo ansia ganancias criminales, sin retroceder ante el crimen mismo y al sacrilego despojo de los dioses llega y tiende su mano a lo que es intocable.

¡Alguien habrá que pueda jactarse de que, bajo el peso de tales delitos, guardar puede su vida incólume al iracundo azote de los dioses?

145

Si esa conducta tolerable fuera, ¿qué fin tiene que yo celebre ahora los ritos santos con danzas sacras?

Ant. 2.—¡No ya no habría de ir al onfálico templo que centra la tierra, ni al santuario de Abe, ni al mismo Olimpo, si todos los humanos no se rinden a marcar con su dedo la ruta de lo recto!

¡Oh Zeus, supremo gobernante del cosmos, si tal eres en hecho, como lo eres de nombre, no dejes que a tus ojos el mal se oculte, ni a tu poder inmortal se sustraiga!

¡Por tierra ruedan ahora los oráculos de Layo! ¡Ya nadie tiene a Apolo por digno de honores: todo lo que es divino!

Sale Yocasta con dos criadas que llevan flores, vasos de perfumes, y una corona de laurel y se encamina al altar de Apolo.

Yoc.—Magnates de esta tierra: me vino el pensamiento de ir a los santuarios de los dioses para ofrecer con mis manos estas guirnaldas y estos perfumes. Oprimido de amargura está el ánimo de Edipo en fatal exceso. Ya no tiene tino para discurrir acerca del porvenir, teniendo en cuenta lo pasado. Quien de desdichas hable, ese es el que lo domina.

Nada pueden con él mis exhortaciones, por esto acudo a ti, oh Licio Apolo, como que eres el sostén nuestro tan cercano. Vengo en plegaria a tí, traigo estas ofrendas y estos anhelos. Que haya una purificación de toda mácula. Perdidos en un mar de zozobras y temores estamos todos al ver destrozado por el pavor al que de esta ciudad rige el gobernalle.

Llega un mensajero.

Mens.—Señores, ¿me diríais en dónde se halla el palacio de Edipo rey de esta tierra? Y, mejor ciertamente, en dónde se halla él mismo. Lo sabréis acaso.

Corif.—Este es el palacio y él dentro se halla, oh extranjero; esta dama qué miras, madre es de sus hijos.

Mens.—¡Feliz sea siempre y con felices viva, ya que es tan perfecta consorte de aquél!

Yoc.—¡La felicidad para ti, extranjero: tu fineza lo exige! Pero, di, ¿a qué vienes? ¿Qué noticias reportas?

Mens.—¡Dicha para esta casa y también a tu esposo, oh señora!

Yoc.—¿De dónde vienes? ¿Qué es lo que dices?

Mens.—Yo vengo de Corinto. Lo que voy a decir te será grato. Acaso un poco triste...

Yoc.—¿Qué puede ser? ¿Cómo tiene doble eficacia?

Mens.—Hacerlo rey de la tierra del Istmo han convenido los habitantes. Así se supo allí.

Yoc.—¿Qué pues? ¿Ya no reina Pólipo?

Mens.—No. La muerte reina en él ya en su tumba.

Yoc.—¿Qué dices! ¿muerto es Pólipo?

Mens.—Si no digo verdad, el muerto sea yo.

Yoc.—¡Esclava, pronto, corre, comunica al rey estas noticias!

Sale una criada.

¡Oh designios de los dioses! ¡Cuán ocultos sois! Temeroso de

matar a ese hombre ha tiempo Edipo huyó de su patria, y ahora ese hombre ha muerto, rendido a su destino, no por mano de su hijo.

Llega Edipo.

Ed.—¡Oh mi mujer amada, Yocasta noble ¿a qué me haces venir fuera de casa?

Yoc.—Oye qué dice este hombre y observa al oírlo en lo que vienen a quedar los oráculos divinos.

Ed.—¿Ese quién es? ¿Qué me dice?

Yoc.—Proviene de Corinto: trae la noticia de que tu padre Pólipo ya no existe. Muerto es.

Ed.—¿Qué dices, extranjero? Tú mismo decláramelo.

Mens.—Declarar debo, en principio exactamente. El sucumbió a la muerte.

Ed.—¿Fue por traiciones? ¿Fue por enfermedad?

Mens.—¡A viejos cuerpos leve peso rinde!

Ed.—La enfermedad, según entiendo, pudo acabar con él.

Mens.—Y la edad larga que sobre él pesaba.

Ed.—¡Vaya, vaya, mujer!, ¿aún habrá quien dirija la vista al pítico santuario, o al vuelo de las aves y sus graznidos? Proclamaban que yo habría de matar a mi padre: ¡Muerto ya, reposa bajo tierra! ¡Y yo acá lejos ni siquiera he tocado el acero! ¡Ah...! ¿y si murió de pena por estar yo ausente? ¡Eso también hubiera sido darle muerte! Una cosa es segura: Pólipo ya está en el Hades y se llevó consigo como carga los pretendidos oráculos.

Yoc.—¿Qué tiempo ha que te lo estoy diciendo!

Ed.—Lo decías, pero yo estaba cautivado por el temor.

Yoc.—Desde ahora es preciso no poner en ellos nunca el pensamiento.

Ed.—¿Y el lecho maternal no ha de temerse?

Yoc.—¿Qué ha temer el hombre, si está bajo el dominio de los hados? ¿Si nada con certeza puede prever? Lo mejor es vivir sin preocuparse, cada uno como pueda. Además, ¿por qué angustiarte por bodas con la madre? ¡Muchos las tienen: en sueños se unen maritalmente con sus madres! Pasa mejor la vida quien de estas necedades hace burla.

Ed.—Bien aprobara todo lo que dices, si no estuviera viva la que me dio a luz. Pero como vive, fuerza es que todo yo lo tema, por bien que tú hables.

Yoc.—¡Buen argumento...! ¿qué me dices de tu padre en el sepulcro?

Ed.—Bueno, consiento; ¡pero ella vive y temo...!

Mens.—¿De qué mujer estáis hablando tan temida?

Yoc.—De Mérope, anciano, la esposa de Pólipo.

Mens.—Y, ¿por qué ha de inspiraros esos temores?

Ed.—Por un divino oráculo espantoso.

Mens.—¿Cabe decirse? ¿Ha de guardarse en secreto?

Ed.—Oh no. Pues declaró Loxias un día que yo habría de casarme con mi propia madre y enrojecer mis manos con la sangre de mi padre. Es tal la causa de que yo viva lejos de Corinto y ha mucho tiempo. Buena ha sido mi suerte, pero ¡es tan dulce ver de nuevo los ojos de sus padres de uno!

Mens.—¿Por sólo esos temores andas desterrado de tu patria?

Ed.—¡No quiero, anciano, ser asesino de mi padre!

Mens.—¿Por qué, señor, no ha acabado tu ansiedad? De buena gana vine para serte provechoso.

Ed.—Cierto y tu recompensa será digna.

Mens.—¿Lo que más me movió a que viniera es la esperanza de que a tu lado yo sacara en mi tierra gran ventaja!

Ed.—Es que no he de volver a casa de mis padres.

Mens.—Ay, hijo mío... bien se percibe que no te das cuenta de lo que estás diciendo.

Ed.—¿Cómo, anciano? ¡Por los dioses, decláramelo!

Mens.—Si por esa razón temes tornar a tu hogar...

Ed.—¡Sí: teino que resulte verídico Febo!

Mens.—¿Macularte recelas con volver a tus padres?

Ed.—Eso, anciano; ese es el temor que me obsesiona.

Mens.—Debes saber, entonces, que sin razón lo temes.

Ed.—¿Cómo que no? ¿No soy yo su hijo acaso?

Mens.—Nada tuyo era Pólipo en cuanto al linaje.

Ed.—¿Qué dijiste? ¿No era él quien me engendró?

Mens.—¡Tanto te dio la vida como yo!

Ed.—¿Cómo? ¿No eres extraño, no era él mi padre?

Mens.—Ni te engendró él, como no te engendré yo.

Ed.—¿Hijo me llamó siempre; hijo, cómo no serlo?

Mens.—Mira, príncipe: tú fuiste un don que mis mismas manos le hicieron.

Ed.—¿Y cómo había de amarme tanto, siendo hijo de otro?

Mens.—Es que estaba antes dolorido por no tener hijos.

Ed.—¿Cómo me diste? Tú me habías comprado? ¿Me encontraste acaso?

Mens.—Te encontré en un boscoso vallecito del Citerón.

Ed.—¿Por qué andabas por esos parajes?

Mens.—Apacentaba mis rebaños remontados.

Ed.—¿Eras pastor, entonces, y andabas trashumando por un salario?